

“DE LA GASEOSA AL CHAMPÁN”

Javier Rey de Sola - reydesola.com

de

JAVIER REY DE SOLA

(TRAGICOMEDIA universal en dos actos, parábola inexcusable en la que se muestran al desnudo concretos aspectos, siempre llamativos, del comportamiento humano. Cualquier parecido con personajes reales, presentes o pasados, vivos o muertos, indudablemente tendrá su fundamento.)

Javier Rey de Sola - reydesola.com

Personajes en escena:

MATÍAS (antiguo jefe)

HOMERO (antiguo empleado)

Javier Rey de Sola - reydesola.com

Javier Rey de Sola - reydesola.com

Javier Rey de Sola - reydesola.com

Javier Rey de Sola - reydesola.com

Javier Rey de Sola - reydesola.com

Javier Rey de Sola - reydesola.com

Javier Rey de Sola - reydesola.com

Javier Rey de Sola - reydesola.com

PRIMER ACTO

(La celda de una cárcel. El decorado la recrea de manera tópica, pero acusadamente realista. El tono general es grisáceo. Las paredes tienen este color, y en algunos sitios aparecen desconchadas y con inscripciones. El suelo es de cemento. Sobre la pared del foro, elevada, hay una pequeña ventana con barrotes. A través de ella, penetra una luz difusa y neutra que no permite distinguir la luz del día. Bajo la ventana, una mesa con dos sillas. A la derecha, un armario; y a la izquierda, un anaquel con pocos libros. Más allá del armario, de la pared que hace ángulo penden dos literas, una encima de la otra. Frente a las camas, en el lateral izquierdo, se percibe, sólida y plomiza, la puerta de la celda. Tiene una mirilla. Tanto ésta como la puerta no se abren en ningún momento de la representación. Junto a la puerta hay un lavabo, y a su lado, casi en la boca del escenario, se encuentra el excusado, separado del resto por unas cortinillas. La luz ambiente no es intensa, a pesar de lo cual se percibe todo con claridad. Es proyectada desde arriba, y confiere buena parte de su carácter desabrido al lugar. Derecha e izquierda son las del espectador.)

Al alzarse el telón, aparece MATÍAS sentado en una silla y tamborileando con impaciencia sobre la mesa. Se oye el ruido de la cisterna del retrete. Sale HOMERO sujetándose los pantalones. Ambos visten de forma parecida: un viejo traje de color y hechura indefinidos. MATIAS, sin embargo, se muestra superior.)

HOMERO: *(Lastimoso.)* Hoy tampoco me encuentro bien.

MATÍAS: *(Sin darle importancia.)* Vaya por Dios.

(HOMERO pasea encogido por la celda, con los brazos cruzados sobre el vientre. Está resfriado.)

HOMERO: Si por lo menos tuviéramos una estufa... Aunque daría igual. Yo el catarro lo tengo de nacimiento. Y de la tripa qué te voy a contar. No sé lo que es tenerla quieta.

MATÍAS: *(Aburrido.)* Ya.

HOMERO: Aquí por lo menos tengo el retrete al lado. La cárcel tiene su lado bueno, ¿sabes? A mí mo me gustaría vivir en un palacio. Con tantas habitaciones y esos salones tan grandes... Imagínate que te viene un apretón...

MATÍAS: ¿Te quieres callar?

HOMERO: ...Y venga a abrir puertas y más puertas como un loco...

MATÍAS: Cállate.

HOMERO: ... Que además serán todas iguales...

MATÍAS: ¿Me haces el favor...?

HOMERO: ... Como en un laberinto. Estoy como para laberintos.

MATÍAS : *(Harto.)* ¡Calla!

HOMERO: De acuerdo. No hace falta gritar. Aunque haces bien. Yo no soy nadie. Cualquiera tiene derecho a decirme lo que sea. Sobre todo, tú, que has sido tan noble conmigo. No me dejaste abandonado. Permitiste que te acompañara en el infortunio.

MATÍAS: *(Incómodo.)* No fui yo, fue el juez.

HOMERO: Gracias a ti, que me obligabas a poner mi firma en todos tus documentos. De no ser por esto, yo estaría fuera, libre. ¿Y qué sería de mí sin tu protección?

MATÍAS: *(Huraño.)* Dejémoslo.

HOMERO: *(Sumiso.)* Prefiero recordarlo. Se lo dije al juez y quise dejarlo claro. Por supuesto, tú te adelantaste. Insistías en que era tan responsable como tú, si no más porque me ocupaba directamente del papeleo. Esa muestra de solidaridad me enterneció. Me viste llorar durante el juicio. ¡Y hubieras podido dejarme en la estacada! Pero preferiste ligar tu suerte a la mía, y ahora estamos aquí, juntos. ¡Con la misma condena y en la misma celda! Nunca viviré lo bastante como para agradecértelo.

(MATÍAS le mira fijamente con expresión indiscernible.)

MATÍAS: Es lo menos que podía hacer.

HOMERO: (*Emocionado.*) Otro jefe se habría desentendido de mí, viniendo solo a la cárcel. Tú te preocupaste de que no fuera así. ¡Es tan fácil engañarme...! Y no tengo carácter. Siempre hago lo que me dicen. No tengo criterio. (*Se le acerca.*) ¡Eres como un padre para mí! (*Se arrodilla, le coge las manos y se las besa.*)

MATÍAS: (*Irritado.*) ¡Déjame!

HOMERO: (*Apartándose.*) Perdona. Es que no sé cómo mostrarte mi agradecimiento. Procuro evitarte todos los trabajos, pero no me parece suficiente. Quisiera hacer más.

MATÍAS: Ya haces bastante.

HOMERO: (*Se pone en pie.*) ¿El limpiar la celda y el retrete, hacer las camas, ocuparme de que tu ropa no se pierda en la lavandería y de que los otros presos no te quiten la comida, dándoles la mía si es preciso..., todo esto te parece bastante...?

MATÍAS: También me coses los calcetines.

HOMERO: No me avergüences, Matías. No son más que minucias.

MATÍAS: Ignoro qué más puedes hacer.

HOMERO: Yo también. Y sufro por ello. Si fuera más inteligente, encontraría una mejor manera de servirte. (*Deja caer la barbilla sobre el pecho.*) Soy torpe, ignorante. Proviengo de la clase baja, y mi madre me mandaba todos los días a por una botella de gaseosa. ¿Sabes hasta qué punto marca esto? (*MATÍAS escucha sin decir palabra.*) ¡Cómo vas a saberlo! Tú te has criado en otro ambiente, tienes mundo. Y te vino de familia el dinero con el que montaste la oficina de préstamos. Mientras tanto, ¿qué hacía yo? ¡Mano sobre mano en el café...!

MATÍAS: Te minusvaloras. Hacías recados.

HOMERO: (*Con dolido sarcasmo.*) ¡Recados! ¡Llevar de vez en cuando a domicilio la cesta de la compra por cuenta de la tienda de la esquina...!

MATÍAS: Es un trabajo digno.

HOMERO: Me enfurecía cada vez que me llamaban del café para un viaje. Cuando me daban propina, me entraban ganas de tirarla a la vuelta por una alcantarilla. Pero no tenía coraje. Otro de más empuje lo habría hecho. *(Con tristeza.)* Yo me la gastaba en café.

MATÍAS: No puedo decirte que lo apruebe.

HOMERO: *(Con timidez.)* Me gusta el café. Siento no poder tomarlo aquí...

MATÍAS: *(Irguiéndose en su silla.)* El café es dañino. Y el ambiente de esos antros, terriblemente pernicioso. *(Se anima.)* ¿Sabes por qué este país no termina nunca de prosperar? Por el tiempo que se pierde en los cafés. Todo el mundo habla y habla, pero nadie hace nada. ¡Trabajar! No hay otra fórmula. Tu mayor gloria residía cuando salías a llevar la cesta. No estando allí sentado, mano sobre mano, como dices. Claro que, bien pensado, para lo que rinde el esfuerzo... Mátate a trabajar que, en cuanto te descuidas, te encuentras en la cárcel. ¿A que no han detenido a ninguno del café?

HOMERO. Están todos libres.

MATÍAS: *(Satisfecho.)* ¿Lo ves?

HOMERO: *(Culpable.)* Yo iba todas las noches. Sin contar los ratos que estaba durante el día.

MATÍAS: *(Severo.)* A mí no me habrás visto entrar más que en raras ocasiones.

HOMERO: Sí, tú te entretenías de otra forma.

(MATÍAS se le queda mirando, intentando descubrir si sus palabras tienen un doble sentido.)

HOMERO: *(Tras una pausa.)* Lo que yo daría ahora por un café.

MATÍAS: Ya te he dicho que es malo. *(Se enciende.)* Tendrían que cerrar los cafés, los teatros... ¡Tendrían que cerrarlo todo!

HOMERO: Para nosotros, es como si lo hubieran hecho.

MATÍAS: *(Con euforia.)* Se restablecerá nuestra inocencia, Homero. ¡Te lo prometo! De todas formas, insisto en que veas el lado positivo. ¿Cuándo tú habías soñado tutearme?

HOMERO. (*Distanciándose.*) Si quiere usted, don Matías, volvemos al antiguo tratamiento.

MATÍAS: (*Hace un gesto con la mano.*) A lo que me refiero es a que este revés ha eliminado una barrera entre nosotros. No digo que no fuera conveniente, sobre todo al principio, pero en el futuro debe quedar abolida. ¡Cuántas veces te he visto temblar en mi presencia! Se te veía empuqueñecido, asustado, poca cosa. Daban ganas de darte de bofetadas. (*Acompaña la afirmación con el correspondiente gesto. HOMERO se asusta y se echa atrás.*) Naturalmente, no me lo permití, lo sabes. Aunque tenía que vencer la tentación. (*Campechano.*) ¡Esto no se le hace a un jefe, Homero...!

HOMERO: Perdón.

MATÍAS: Tienes que hacerte respetar. Por fortuna, me tienes a mí, que soy una especie de educador. Te has pulido mucho a mi lado. (*Sentencioso.*) Y aunque el destino nos ha dado momentáneamente la espalda... Es cierto que los grandes hombres se forjan en la adversidad. Cada día que pasa te encuentro más forjado.

HOMERO: (*Con ilusión.*) ¿De verdad?

MATÍAS: (*Digno.*) Yo no miento. (*Carraspea.*) Vas camino de ser un gran hombre. Lo de esta mañana me ha gustado. Has tenido iniciativa. Temple. Llegarás lejos, Homero.

HOMERO: (*Ruboroso y con ímpetu.*) ¡No podía permitir que te acusaran de quitarle al gordo de la otra celda el panecillo!

MATÍAS: En realidad, lo hice.

HOMERO: No me importa. (*Se da un golpecito en el pecho. Tose.*) Quise responsabilizarme yo.

MATÍAS: Te ha prometido darte una paliza.

HOMERO: (*Palidece. Tiembla. Se sobrepone.*) ¡Estoy dispuesto a morir si hace falta!

(*MATÍAS se asombra, pero no dice nada. Permanecen un rato en silencio, durante el cual HOMERO ordena sin necesidad los libros del estante y pasa la mano sobre las mantas de las camas, perfectamente tersas. MATÍAS le observa de reojo.*)

MATÍAS: *(Algo culpable.)* A ver si arreglamos mañana lo del panecillo.

HOMERO: *(Saltando.)* ¡Me niego!

MATÍAS: Hay que intentarlo.

HOMERO: ¿Y tu dignidad?

MATÍAS: Yo estoy al margen. Si le dieras al gordo tu desayuno...

HOMERO: *(Ponderativo.)* ¿Crees que con el de una semana bastaría...?

MATÍAS: Yo soy optimista.

HOMERO: *(Se encoge de hombros.)* Al fin y al cabo es aguachirle. Si fuera café-café...

MATÍAS: Qué manía con el café. Té. Eso es lo que tienes que beber. Como los ingleses. Prácticamente, es lo único que toman. ¿Por qué piensas que medio mundo es suyo?

HOMERO: Lo malo es que aquí tampoco hay té.

MATÍAS: Cada cosa a su tiempo. Cuando nos suelten, y yo estoy moviendo todas mis influencias, te invitaré a té hasta que te hartes. Incluso puede que te llegue a dar asco.

HOMERO: Ya me da asco. No me gusta el té.

MATÍAS: ¿Pero ~~no me~~ acabas de decir...? Chico, qué remilgado eres. *(Da un puñetazo sobre la mesa.)* ¡Esto es la cárcel, no un hotel de cinco estrellas! ¡Brío! ¡Coraje! ¡Capacidad de sacrificio! ¡Es lo que aquí hace falta en lugar de esos melindres!

(HOMERO se queda completamente acoquinado. Los brazos le cuelgan inertes a los costados. La barbilla le tiembla. Está a punto de llorar.)

MATÍAS: *(Culpable.)* Vamos, hombre, no te lo tomes así. Siéntate. *(HOMERO obedece.)* Te riño por tu bien.

HOMERO: *(Conteniendo los sollozos.)* Ya lo sé.

MATÍAS: Soy consciente de que haces lo que puedes...

HOMERO: ¡Me esfuerzo mucho, Matías...!

MATÍAS: *(Le pone la mano en el antebrazo.)* No dejo de verlo. Te conozco mejor de lo que piensas, y estoy asombrado de tus progresos. *(A HOMERO le hacen mella estas palabras.)* ¿Y tú? ¿Sabes que mis principales esfuerzos se encaminan a tu beneficio? *(HOMERO asiente.)*

HOMERO: Soy una nulidad.

MATÍAS: *(Demostrativo.)* ¿Lo ves? Tú mismo te quitas la tierra de debajo de los pies. *(Se finge serio.)* Tengo que enfadarme. Yo, intentando subirte la moral, y en un santiamén tiras todo mi trabajo por los suelos. Así no vamos a ningún sitio.

HOMERO: Perdona.

MATÍAS: *(Con buscada complicidad.)* Perdona, perdona... ¿No sabes decir otra cosa...?

HOMERO: *(Sin darse cuenta.)* Perdona.

(Se miran y ríen. MATÍAS, a bulto. HOMERO, perrunamente devoto de su amigo.)

HOMERO: *(Se sienta.)* ¿Sabes? Ya no me molesta la tripa.

MATÍAS: *(Palmeándole a través de la mesa.)* Así me gusta, que te curtas. Nada de derrumbarse. Y mantener la boca cerrada. *(Se lleva el índice a los labios.)* Ni una palabra. Como en el juicio.

HOMERO: Como en el juicio.

MATÍAS : *(Remachando.)* Yo hablo por los dos...

HOMERO: *(Con admiración.)* Te expresas tan bien...

MATÍAS: *(Modesto.)* Lo normal.

HOMERO: Qué bien les hablabas a las viudas. Si yo fuera viuda, también te habría dado todo mi dinero.

MATÍAS: *(Incómodo.)* Sí.

HOMERO: En un hombre como tú se puede confiar. *(MATÍAS gruñe.)* Me gustaría que la gente también pudiera confiar en mí. ¿Tú crees que llegará a darse el caso?

MATÍAS: *(Neutro.)* Yo confío en ti.

HOMERO: Quiero decir otras personas.

MATÍAS: *(En el mismo tono de voz.)* Por supuesto.

HOMERO: *(Risueño.)* ¿Sabes...? Tengo un secretillo que contarte.

MATÍAS: *(Atendiendo.)* Tú dirás.

HOMERO: *(Con picardía.)* ¿Te acuerdas de lo bien que me decías que cuadraba los balances?

MATÍAS: Sí.

Javier Rey de Sola - reydesola.com
HOMERO: Pues hacía trampa.

MATÍAS: *(Poniéndose bruscamente en pie.)* ¿Qué?

HOMERO: Era para que no me tuvieses los viernes hasta las tantas.

MATÍAS: *(Enfadado de veras.)* ¿Tú sabes lo que me estás diciendo?

HOMERO: *(Cohibido.)* Era cuestión de céntimos. Calderilla. *(Se ha ido encogiéndose en la silla.)*

MATÍAS: *(Vociferando.)* ¿Y tú eras mi hombre de confianza, mi brazo derecho...?

HOMERO: *(Gimoteando.)* Perdóname, Matías. Ya ves que siempre tengo que pedir perdón. Tú no salías perjudicado. Como me remordía la conciencia, te ponía para compensarte un billete en tu escritorio. De mi propio sueldo. Todos los viernes...

MATÍAS: *(Recordando. Su cara se ilumina de sorpresa.)* Así que eras tú... ¿Eras tú el que ponía ese dinero...? ¡He estado a punto de volverme loco! Me preguntaba si sería cosa de magia. Cada viernes, allí estaba el billete. ¡Como un clavo!

HOMERO: Lo ponía yo.

MATÍAS: *(Admirado.)* ¡Me ha intrigado durante años! Al final, decidí echármelo a la espalda. Al salir de la oficina, me compraba un puro como una casa.

HOMERO: *(Oscilando entre la timidez y el orgullo.)* Yo disfrutaba viéndotelo fumar.

MATÍAS: *(Sigue asombrado.)* Pienso si no serás tonto de remate.

HOMERO: *(Con sentimiento.)* Soy honrado.

MATÍAS: Honrado es poco. Hay que inventar una nueva palabra para ti.

HOMERO: *(Tanteando, sin atreverse.)* Después te ibas con mujeres...

MATÍAS: *(Desafiante.)* ¿Y qué?

Javier Rey de Sola - reydesola.com

HOMERO: Te envidio. Yo ni siquiera... Ya me entiendes.

MATÍAS: *(Que va de sorpresa en sorpresa.)* Algún caprichito te habrás concedido...

HOMERO: Nunca. Además, con mi sueldo... Y como te pagaba el puro...

MATÍAS: Me resulta difícil de creer. *(Le mira.)* Pero sí, me lo creo. Así te has ahorrado complicaciones.

HOMERO: He sufrido.

MATÍAS: Bah.

HOMERO: *(Con vergüenza.)* Me gustaría que me contaras...

MATÍAS: ¿Contarte...?

HOMERO: De mujeres.

MATÍAS: *(Bufando.)* Poco hay que contar. Que hay que andarse con mucho ojo. Esto es lo importante. A la menor... ¡zas! *(Acompaña la expresión golpeando un puño contra la otra palma. HOMERO se queda con expresión alelada.)*

HOMERO: *(Arrobado.)* ¡Cuánto sabes!

MATÍAS: Y mantenerse firme. En cuanto muestras debilidad, estás perdido. Y si caes en la trampa de hacer lo que ellas quieren... ¡Encima te lo echan en cara! Nunca les das gusto. ¿Sabes cuál es lo esencial para tratarlas?

HOMERO: *(Con los ojos como platos.)* ¿Cuál?

MATÍAS: Mantenerlas en perpetuo sobresalto. Que no sepan por dónde vas a salir. Olvida esta regla y cavarás tu fosa.

HOMERO: *(Que se ha quedado deslumbrado.)* Tendrías que escribir un libro.

MATÍAS: *(Digno.)* Soy un caballero.

HOMERO: Le vendría bien a mucha gente.

MATÍAS: *(Condescendiendo.)* Puede que lo haga.

(HOMERO se queda unos instantes pensativo. Le ronda una idea.)

HOMERO: ¿Te parece que yo, con esta facha...?

MATÍAS: *(Ponderativo.)* Estás al límite. Un poco más y no hay nada que hacer. ¡Saca pecho, hombre! *(HOMERO saca pecho.)* Anda. *(HOMERO obedece. Camina con absoluta torpeza. Cada pie parece querer irse por su lado.)* ¡Derecho! ¡Las piernas, hombre, las piernas! ¡Pecho fuera! ¡Como un atleta! ¡Imagina que eres un atleta!

(HOMERO intenta seguir sus instrucciones, pero termina dándose por vencido. Se sienta.)

HOMERO: ¡No puedo!

(MATÍAS abre los brazos con gesto de impotencia y se sienta a su vez. Se compadece de su empleado, que mueve derrotado la cabeza.)

MATÍAS: Nada se consigue de buenas a primeras.

HOMERO: ¡No valgo nada!

MATÍAS: *(Abarca de un ademán el espacio de la celda.)* Tampoco aquí se puede hacer mucho. Si te colocaran en un estadio...

HOMERO: *(Con un vislumbre de esperanza.)* ¿Tú crees?

MATÍAS: *(Con soltura.)* Naturalmente. Ya verás cómo algún día...

HOMERO: *(Eufórico.)* ¡Sí, algún día...! ¡Algún día te sorprenderé, Matías! ¡Te dejaré boquiabierto! ¡Llegará un momento en que haré acopio de valor y me embarcaré en algo grande! *(MATÍAS asiente, formulario.)* No he dejado de observarte durante los años que hemos trabajado juntos. Conozco tus menores gestos. No te quitaba ojo... *(MATÍAS se incomoda.)* Tu labor educativa conmigo no será en vano. *(Le guiña un ojo.)* Te lo prometo.

MATÍAS: *(Neutro.)* Estupendo.

HOMERO: *(Con aire de misterio.)* Te he imitado mucho en el espejo. *(MATÍAS se incomoda más.)* También te he seguido por la calle...

MATÍAS: *(Con furor.)* ¡Cómo!

HOMERO: No te enfades. Los viernes, cuando te marchabas tan orondo fumándote el cigarro. *(Con admiración.)* Ibas como un rey, ocupando toda la acera... Te dejaban paso. Yo tenía ganas de plantarme en medio y gritar: ¡Ése es mi jefe, el que va fumando un puro! *(Cabizbajo.)* Pero no me atrevía... Ahora me arrepiento.

MATÍAS: *(Absolutamente perplejo.)* ¿Y qué pretendías?

HOMERO: *(Arrebatado.)* ¡Admirarte, aunque fuera de lejos...!

MATÍAS: Me tenías todo el santo día en la oficina.

HOMERO: Como jefe, siempre preocupado por el negocio... El viernes, en cambio, te liberabas, parecías otro hombre. En cuanto encendías el puro y te ponías en la calle, yo cuadraba rápidamente los balances de la manera que te he dicho y salía detrás de ti... Eras un auténtico espectáculo.

MATÍAS. *(Muy molesto.)* Ya sería menos.

HOMERO: *(Temiendo la reacción de su jefe.)* Compréndeme, yo siempre en esa covacha...

MATÍAS: ¿Covacha? ¿Llamas covacha al lugar donde nos ganábamos el pan?

HOMERO: Me refería a mi cuartito, el que tenía alquilado...

MATÍAS: ¡Haber salido!

HOMERO: ¿Para ir a dónde? Y no sé andar, lo acabas de ver... Me han atropellado varias veces. ¿Te acuerdas de la segunda vez que estuve en el hospital?

MATÍAS: *(Serio.)* Sí, te caíste en el baño.

HOMERO: No fue en el baño. Fue otra vez un coche. Me dio vergüenza decir que me habían vuelto a atropellar, así que te dije lo del baño.

MATÍAS: *(Con sarcasmo.)* Caerse en el baño tampoco es muy heroico.

HOMERO: Da variedad. No es lo mismo que si siempre te lleva por delante un coche.

MATÍAS: Pues me dijo tu patrona...

HOMERO: La soborné. Le di mi sueldo mientras estuve de baja.

MATÍAS: *(Con profundo estupor.)* ¡No puedo dar crédito a esto!

HOMERO: *(Con sencillez.)* Es la verdad. Y si te digo que fue el mismo coche...

MATÍAS: ¿El mismo coche?

HOMERO: Me atropelló por segunda vez el mismo coche. Y el mismo conductor.

MATÍAS: *(Con gran interés.)* ¿Y qué te dijo?

HOMERO: Me preguntó que si le quería buscar la ruina. Le dije que no, que había sido casualidad. Y para que viera que era sincero, le obligué a subirse otra vez al coche y que me dejara allí. *(Apenado.)* No se alejó ni una manzana. Le mandó parar un guardia... Creo que le quitaron el coche y el carnet, e incluso pasó una temporada en la cárcel por denegación de auxilio. Podíamos haber coincidido aquí con él...

MATÍAS: *(Estremeciéndose.)* Mejor que no. *(Se levanta, situándose ante la ventana. Alza la mirada al cielo opaco. Lógicamente, no ve nada.)*

HOMERO: *(En su perpetuo afán de congraciarse con él.)* Qué bonito es cuando hace sol.

MATÍAS: *(Hosco.)* Está nublado.

(HOMERO calla, pero no quiere rendirse. Pía en el exterior un pajarillo. La cara de aquél se llena de alegría.)

HOMERO: ¿Has oído?

MATÍAS: *(Sin volverse.)* ¿El qué?

HOMERO: *(Con ternura.)* Ha cantado un pájaro.

MATÍAS: Que le aproveche.

(El pájaro vuelve a cantar.)

HOMERO: *(Beatífico.)* Esto no nos lo pueden quitar, Matías.

(Se oye una salva de perdigones. No vuelve a oírse al pájaro.)

MATÍAS: *(Salvaje.)* Tu pájaro ha quedado desplumado.

HOMERO: *(Que se ha quedado pensativo y triste.)* El más inocente siempre lleva la peor parte. *(Hace una larga pausa. MATÍAS sigue de pie junto a la ventana.)* Ahora estarán pasando frío...

MATÍAS: *(Se medio vuelve.)* ¿Quiénes?

HOMERO: Las viudas y huérfanos. Tus clientes. *(Sin reproche.)* Ellos sí que se han quedado desplumados.

(MATÍAS se vuelve por completo.)

MATÍAS: *(Con viveza.)* No fue culpa nuestra. Fue el mercado. Los mayores perjudicados hemos sido nosotros.

HOMERO: Tenemos un techo, por lo menos.

MATÍAS: Ellos también.

HOMERO: Les desahuciarán al no tener dinero. Además, tendrán que recorrer las calles procurándose el sustento. Nevará, soplará el viento...

MATÍAS: Dicen que este invierno será benigno.

HOMERO: Siempre se equivocan. Será el más crudo en muchos años.

MATÍAS: *(Vuelve a sentarse.)* ¿Siempre tienes que ser tan cenizo?

HOMERO: No puedo evitarlo. Me acuerdo de esas pobres mujerucas con sus hijos. *(MATÍAS muestra claramente que no le gusta la conversación.)* Y estoy seguro de que a ti tampoco se te van de la cabeza. No parabas de repetir que nosotros hacíamos un trabajo benéfico, que tú de pequeño querías haberte ido de misionero. Siempre te quedó la vocación. Eso decías. ¿Te acuerdas?

MATÍAS: *(Cruel.)* Era mentira.

HOMERO: No te creo. Tienes un corazón de oro. Si pudieras, atravesarías estos muros para socorrer a esa pobre gente.

(MATÍAS se ha desasosegado. La añoranza de la libertad le ha herido el corazón como un perfume. Se inclina con violencia hacia HOMERO por encima de la mesa.)

MATÍAS: ¡Tenemos que escaparnos!

HOMERO: Es imposible.

MATÍAS: ¡Un plan! ¡Hay que idear un plan!

HOMERO: Yo no tengo cabeza para eso.

MATÍAS: ¡Pensaré yo por los dos! La primera obligación de un preso es escapar.

HOMERO: Eso es en la guerra. Ahora no hay guerra.

MATÍAS: *(Tentándole.)* ¿No te gustaría volver al café?

HOMERO: Hace un rato me has dicho que los tenían que cerrar.

MATÍAS: *(Corrigiéndose.)* Más que cerrar, echar de allí a todos los vagos. Y dejar a la gente honesta.

HOMERO: Yo tenía amigos en el café.

MATÍAS: ¡A éstos precisamente es a los que hay que echar! ¡Buitres! ¡Sinvergüenzas! ¡Ellos son los que han buscado nuestra ruina!

HOMERO: *(Perplejo.)* ¿Los del café tienen la culpa?

MATÍAS: *(Tajante.)* ¡Sí! ¡Agitadores! ¡Extremistas! ¡Revolucionarios! ¿A que hablaban de política?

HOMERO: *(Sorprendido.)* Sí...

MATÍAS: ¿Y del Gobierno? ¿A que también hablaban del Gobierno?

HOMERO: Es verdad...

MATÍAS: *(Asintiendo como el que llega a una conclusión largamente buscada.)* ¿Cómo he sido tan ciego de no verlo? ¡Han intrigado, quitándonos el dinero que teníamos en depósito! *(Apunta con el dedo al exterior.)* ¡El dinero de esas pobres viudas que tendrán que recorrer este invierno las calles en medio de la nieve, pidiendo por misericordia un mendrugo de pan para dárselo a sus hijos! ¿No te estremece? Niños pequeños, mujeres embarazadas...

HOMERO: *(Precisando.)* Son viudas.

MATÍAS: *(Carraspea.)* Lo había olvidado.

(MATÍAS se sosiega. Parece abatido.)

HOMERO: *(Con suavidad.)* Tenemos que cumplir la condena.

MATÍAS: *(Áspero.)* Claro, tú lo dices porque redimes pena en el taller de marquetería.

HOMERO: Me quedaré hasta que te suelten.

MATÍAS: *(Irritado.)* ¿Qué te crees que es esto, el vestíbulo de un cine?

HOMERO: Trabaja, Matías.

MATÍAS: Jamás.

HOMERO: Es distraído.

MATÍAS: ¡Me importa un bledo! Sería como admitir mi culpa. ¿Tú quieres trabajar? Adelante, no te lo impido. Pero en cuanto a mí... ¡Es otra historia!

HOMERO: Eres el único en toda la cárcel.

MATÍAS: *(Haciendo ademán de no importarle.)* Seré el único inocente...

HOMERO: Todos dicen que lo son.

MATÍAS: No me extrañaría. Los sinvergüenzas, fuera, y las personas honradas, entre rejas.

(HOMERO se le queda mirando con admiración.)

HOMERO: Tú sí que eres íntegro.

MATÍAS: *(Halagado.)* Sólo pretendo mantener unos principios.

HOMERO: Sin importarte que te odien los demás presos.

MATÍAS: *(Inquieto.)* ¿Me odian?

HOMERO: No te pueden ver.

MATÍAS: *(Con angustia.)* No lo sabía.

HOMERO: No te lo he dicho para no preocuparte. Preferiría que no te hubieras enterado.

MATÍAS: *(Con voz apagada.)* Yo también.

HOMERO: Son chusma, como yo. No te llegan ni a la altura del zapato.

MATÍAS: *(En el mismo tono.)* Me alegro.

HOMERO: *(Con violencia contenida.)* Si te hicieran algo...

MATÍAS: *(Picado.)* No tienen por qué hacerme nada.

HOMERO: Eso les dije.

MATÍAS: *(Con vivo interés.)* ¿Qué les dijiste?

HOMERO: No, si al final me lo sacarás todo.

MATÍAS: *(Rechinando los dientes.)* ¿Qué les dijiste?

HOMERO: *(Redicho.)* Hay que comprenderlos. Algunos tenían mucha amistad con las viudas y huérfanos.

MATÍAS: *(Un punto histérico.)* ¡Haberles dicho..., haberles dicho que yo no tenía nada que ver con eso...! Que fueron... ¡Los del café! ¡Eso es, los del café...!

HOMERO: *(Considerándolo.)* Lo intentaré. Pero son muy cerrados de mollera.

MATÍAS: *(Desesperado, se arrodilla ante él.)* ¡Si me tienes en algo de estima y consideración...!

HOMERO: Sabes que sí. *(Tirando de él.)* Pero levántate...

MATÍAS: *(Resistiéndose.)* ¡Prométemelo!

HOMERO: Te lo prometo.

(MATÍAS se yergue. Vuelve a sentarse.)

HOMERO: Si no te conociera, pensaría que tienes miedo.

MATÍAS: *(Lívido.)* ¡Miedo...!

HOMERO: Pero sé que lo que en realidad te inquieta es tu buen nombre. No permites que nadie lo ensucie. Haces bien. Tu nombre y tus principios. Lo demás no importa.

MATÍAS: *(Mecánicamente.)* No importa.

HOMERO: Ya les hablaré. Cuando aclare lo del panecillo con el gordo.

MATÍAS: *(Con precipitación.)* ¡Dale también mi desayuno...! ¡Dáselo a quien lo quiera!

HOMERO: *(Con dignidad.)* No, prefiero que te hagan pedazos. Tu dignidad es lo primero.

MATÍAS: *(Suplicando.)* ¡Homero, sé un poco flexible, que estamos en la cárcel...!

HOMERO: *(Se lo piensa.)* Bueno.

(Permanecen un rato sin hablar, cada uno sumido en sus propios pensamientos. MATÍAS se levanta y pasea nerviosamente por la celda. HOMERO está deseoso de proseguir la conversación. Se termina arrancando.)

HOMERO: Una vez te seguí...

MATÍAS: Ya me lo has dicho. Te pilló un coche.

HOMERO: Fue en otra ocasión. Llovía y paraste un taxi. Corrí detrás...

MATÍAS: ¿Detrás del taxi?

HOMERO: Menudo sofocón. Acabé empapado y con pulmonía doble. Estuve más de un mes sin ir a la oficina.

MATÍAS: Ya me acuerdo.

HOMERO: Cualquier otro me habría despedido. *(Emocionado.)* Pero tú, no.

MATÍAS: *(Sin inflexiones.)* Eras un buen empleado.

HOMERO: *(Con fervor.)* ¡Lo intentaba! Y eso que no faltaba quien decía que te aprovechabas de mí porque era tonto. Decían que te dedicabas a negocios turbios, para lo cual necesitabas a alguien que tuviera pocas luces y que no hiciera preguntas.

MATÍAS: *(Hermético.)* ¿Eso decían?

HOMERO: Y cosas peores.

MATÍAS: ¿Qué cosas?

HOMERO: Se me han olvidado. *(Matías hace un gesto de fastidio.)* Lo que te decía. Recogiste a una mujer...

MATÍAS: ¿Una mujer?

HOMERO: Subió al taxi.

(MATÍAS explota.)

MATÍAS: ¿Es que no puedo tener vida privada? ¡Me estás hinchando las narices con tanto espionaje! ¡Por si no lo sabes, es motivo suficiente de despido según las ordenanzas laborales!

HOMERO: *(Con calma.)* Ya no me puedes despedir.

MATÍAS: ¿Me desafías? *(Se le acerca, retador.)* ¿Me estás desafiando?

HOMERO: *(Sumiso.)* No me atrevería.

MATÍAS: ¿Entonces a qué tanta gaita?

HOMERO: Todo lo tuyo me interesa... ¿Quién era esa mujer?

MATÍAS: *(Con malos modos.)* ¡Era mi madre!

HOMERO: *(Ingenuo.)* ¿Tu madre? No sabía que tuvieras madre. Me hubiera gustado conocerla.

MATÍAS: No era mi madre.

HOMERO: *(Desconcertado.)* ¿Y por qué me dices que lo era...? Ya sé, me estás gastando una broma.

MATÍAS: *(Lúgubre.)* Una broma.

HOMERO: *(Reflexionando.)* No podía ser tu madre. Era muy joven...

(MATÍAS le da la espalda, renunciando a explicarse.)

HOMERO: *(Tras una pausa.)* Yo tuve una madre.

MATÍAS: Como todo el mundo.

HOMERO: Me la has traído a la memoria. (*La evoca.*) Se quedó viuda. Y yo huérfano. De padre, no de madre. Luego, claro, también me quedé huérfano de madre.

MATÍAS: (*Tibio.*) Es ley de vida.

HOMERO: Estoy seguro de que mi madre nunca pensó que yo iría algún día a la cárcel. ¿Tu madre pensó que irías a la cárcel?

MATÍAS: (*Siguiéndole la corriente.*) Las madres nunca piensan eso. Todo lo más, que sus hijos hagan una trastada.

HOMERO: Si pudieran vernos...

MATÍAS: (*Con sadismo.*) Están muertas.

HOMERO: (*Se sobrecoge.*) No hables así. Ten un poco de respeto.

MATÍAS: Tú tienes la culpa. ¿A qué viene ahora sacar a relucir a las madres?

HOMERO: (*Respetuoso.*) Es lo más grande que hay, Matías. He llegado a comprenderlo. (*Se queda en suspenso unos segundos. Luego desvía la mirada hacia la ventana.*) Qué pena lo del pájaro. Puede que su madre lo esté buscando... ¿Por qué le han tenido que matar? Estará tendido en el patio, lleno de sangre... Es mejor que su madre no lo encuentre.

MATÍAS: Entre los animales es distinto.

HOMERO: Eso me consuela. (*Hace una pausa.*) ¿Sabes lo que me decía mi madre cuando era pequeño...? Que no era muy listo, que se aprovecharían de mí en la vida... Quería morirse antes de que ocurriera. Tenía razón. En el café no paraban de hacerme cuchufletas. Y en la tienda de ultramarinos no digamos. (*Con unción.*) Hasta que te encontré a ti. Mi madre se habría muerto contenta de saber que quedaba en buenas manos.

MATÍAS: (*Molesto, confuso, culpable.*) Calla.

HOMERO: Nunca he sido tan feliz. A tu lado, día y noche...

MATÍAS: Pues a mí me llevan los demonios.

HOMERO: Es que tú eres activo, emprendedor. (*Con arrebató.*) ¡En Inglaterra te habrían levantado un monumento!

MATÍAS: (*Bufando.*) ¡Un monumento!

HOMERO: Y saldrías en los periódicos.

MATÍAS: Aquí también he salido en los periódicos.

HOMERO: Pero calumniado, Matías. ¡Calumniado! Lo malo de este país es la envidia. Al que sobresale, le hacen la vida imposible hasta que se pega un tiro. *(Apreensivo.)* ¿Tú no te irás a pegar un tiro?

MATÍAS: *(Lacónico.)* No.

HOMERO: *(Animándole.)* Aguanta, Matías. Los del café no se saldrán con la suya. *(Confidencial.)* Por la noche, cuando te levantas al retrete...

MATÍAS: *(Con sobresalto.)* ¡Me oyes!

HOMERO: *(Con sencillez.)* Me da mucha tranquilidad. Tú de pie, apuntando con verdadera precisión... Yo lo pongo todo perdido. Haces bien en enfadarte. Pero no puedo con el temblor. Me concentro y es peor. Mando el chorro por encima de la cortinilla... *(MATÍAS le escucha verdaderamente fascinado.)* Una vez que fui a una fiesta..., no estaba invitado..., me colé..., y me puse a beber champán... No quieras creer lo que pasó...

MATÍAS: *(Hipnotizado.)* ¿Qué pasó?

HOMERO: Pues que ni siquiera encontré el cuarto de baño, y confundí el váter con la perola donde estaban preparando el ponche. *(Sonríe con tristeza.)* Me pusieron de patitas en la calle... *(Con aire cómplice.)* Me llevé sin que se enteraran un gorrito de celofán. *(Nostálgico.)* Ahora me gustaría tenerlo. *(Con entusiasmo.)* Podíamos celebrar aquí una fiesta...

MATÍAS: *(Despectivo.)* ¡Una fiesta!

HOMERO: *(Apagado.)* Aunque quedaría un poco deslucida, los dos solos... Y sin gorritos... Y tampoco tenemos champán.

MATÍAS: *(Encuentra ridícula la idea.)* ¡Champán en la cárcel...!

HOMERO: *(Porfiando.)* ¿Por qué no? Demasiado tiene un preso con estar sin libertad como para que además no se le dé champán. Teníamos que tener champán, por lo menos el domingo. Y no es que me guste. Si me da asco, como el té. *(Reivindicativo, da una palmadita sobre la mesa.)* Pero digo que nos lo tenían que servir. *(Hace una pausa.)* ¿Tú crees que el champán trae mala suerte?

MATÍAS: *(Con sorpresa.)* ¿Mala suerte?

HOMERO: A uno que lo pidió en el café para celebrar que se casaba no se le volvió jamás a ver el pelo. Y a mí, ya ves lo que me pasó... Le vimos una vez con su novia. Era escribiente.

MATÍAS: ¿La novia?

HOMERO: No, él. La novia no sé lo que era. No sería nada. ¿Qué quieres que sea la novia? El caso es que desapareció. Por eso te pregunto si el champán trae mala suerte. Y yo queriendo que lo sirvan en la cárcel... Serían capaces hasta de echarnos fuera, y entonces no tendríamos a dónde ir.

MATÍAS: *(Sacudiéndole.)* Deja de decir tonterías.

HOMERO: Tonterías. Tienes razón. No digo más que tonterías. Me dejo llevar del entusiasmo. Porque estoy contento, Matías. Nunca he sido tan feliz, ya te lo he dicho. Siento por dentro una alegría que no sé cómo explicarme. ¿Tú no estás contento, por lo menos un poquito...?

MATÍAS: *(Sombrío.)* No.

HOMERO: Haz como yo. Imítame. *(Su cara expresa una alegría que es bien patética.)* ¿No decías que tenía que caminar derecho? *(Se levanta.)* ¡Mira! *(Tieso como una escoba, da unos ceremoniosos pasos por la celda.)* Cuando salgamos, no volveré al café. Te doy mi palabra. Y viajaré a Inglaterra. Iremos los dos, Matías, cuando tu nombre vuelva a resplandecer de inocencia. ¡Nos llevaremos a las viudas y los huérfanos! Los calumniadores se verán desmentidos, sus intrigas quedarán al descubierto. Los periódicos, ¡los de aquí también!, publicarán una nota de sociedad anunciando que viajas a Inglaterra en compañía de tu fiel empleado. Volveré a llamarte don Matías. No será decoroso que te siga tuteando. Irás en el barco, porque a Inglaterra hay que ir en barco, acariciándoles el pelo a los niños, y yo dándoles por encargo tuyo barritas de regaliz y caramelos. Las viudas te cantarán una copla, y la cubierta se llenará de banderitas y la orquesta tocará en tu honor sin descanso. *(MATÍAS no es capaz de reaccionar. Está aturdido, estupefacto.)* Y al divisar tierra *(hace HOMERO visera con la mano)*, ¡la apoteosis! *(Se descontrola.)* Una multitud vitoreándote en el muelle... Las autoridades del puerto..., ¡qué digo del puerto!, ¡de la ciudad...!, ¡del país...!, te estarán aguardando para imponerte las condecoraciones más elevadas... Te pasearán en gira triunfal por toda Inglaterra... Yo, detrás de ti, como un perro... Las viudas y huérfanos se alojarán en los mejores hoteles, haciéndose lenguas de su benefactor... ¡De ti, Matías, que les harás olvidar cuando anduvieron a la intemperie mientras tú permanecías injustamente encarcelado...! ¿Te imaginas la cara que pondrán los del café...? Vendrán a la cárcel, en nuestro lugar... Y redimirán pena en el taller de marquetería, porque no

tendrán categoría para negarse... Pero te conozco: acabarán recobrando la libertad gracias a tus gestiones... ¡Perdonarás...! Tu estatura moral te impedirá hacer otra cosa...

(MATÍAS reacciona. Le coge en los brazos y le sacude.)

MATÍAS: ¡Homero...!

HOMERO: *(No le hace caso. Está completamente enajenado.)* ¡Qué alegría, Matías...! ¡Qué alegría...!

(MATÍAS le da un par de bofetadas. La expresión ida de HOMERO desaparece bruscamente. Éste mira con sorpresa alrededor. Parece despertar de un sueño. Da la impresión de sentirse completamente desvalido.)

HOMERO: *(Levantando el rostro hacia su jefe, que todavía le sostiene.)*
¡Matías...!

MATÍAS: *(Tranquilizándole.)* Estoy aquí, contigo... Cálmate...

(A HOMERO parece venirle el mundo encima. Se le contrae la cara de dolor. Los dos se miran largamente. Aquél entierra la cabeza en el pecho de su jefe y estalla en un llanto profuso, desconsolado, interminable. MATÍAS le rodea la espalda con sus brazos.)

TELÓN

SEGUNDO ACTO

(Es la misma celda del primer acto. En escena, los mismos personajes. MATÍAS está acostado, y HOMERO revisa unos papeles a la mesa. Han experimentado un cambio notable. El segundo ya no se muestra alicaído y encorvado, sino que emana seguridad y firmeza en cada mínimo gesto. Se verá que la mudanza de MATÍAS ha sido a la inversa. Se diría que han trocado sus papeles.)

HOMERO: *(Con voz clara y viril.)* Matías, es hora.

(MATÍAS murmura algo ininteligible.)

HOMERO: *(Inflexible.)* No voy a permitir que te levantes a las tantas. Hasta ahora he tenido demasiada consideración. Pero mi paciencia tiene un límite.

MATÍAS: *(Doliente.)* Estoy enfermo...

HOMERO: Imaginaciones tuyas. Tienes una salud de hierro.

MATÍAS: Ten compasión... También tú estuviste malo...

HOMERO: Razón de más para saber qué te conviene. Pensé mucho en el hospital, y llegué a la conclusión de que la enfermedad estaba únicamente en mi cabeza. A ti te pasa lo mismo.

MATÍAS: Estos días me has estado repitiendo que la cárcel hay que tomársela con filosofía...

HOMERO: Filosofía no es vagancia. *(Se le acerca y le retira las mantas.)*
¡Arriba!

MATÍAS: *(Encogiéndose.)* ¡Hace frío...!

HOMERO: *(Le agarra las piernas y se las coloca en el suelo.)* Yo tengo el remedio para eso.

MATÍAS: *(Suplicándole.)* Por favor...

HOMERO: *(Le obliga a ponerse en pie.)* En seguida entrarás en calor.
¡Flexiones!

(Se poner a flexionar las piernas. Lo hace con soltura y elasticidad, sin aparente esfuerzo. MATÍAS le observa con aprensión.)

HOMERO. ¡Vamos, hombre, no te quedes ahí como un pasmarote...!

(HOMERO le pone las manos sobre los hombros, forzándole a agacharse. MATÍAS cae sentado al suelo.)

HOMERO: *(Estimulándole.)* ¡Un poco de espíritu...! ¿Dónde está ese negociante audaz y emprendedor...? ¿Dónde, aquel que robó los ahorros de las viudas...?

MATÍAS: *(Enfadado. Desde el suelo.)* ¡Yo no he robado a nadie!

HOMERO: *(Burlón.)* Eres inocente como un niño...

MATÍAS: ¡Por supuesto!

HOMERO: *(Sermoneándole.)* Pero si eso ya da lo mismo, Matías... Y puede que le haya venido bien a esa chusma que la estafaras.

MATÍAS: *(Atónito.)* ¿A las viudas...?

HOMERO: Menudo cuento que tienen. Ahora tendrán que mover el trasero si quieren comer. Con tontos como tú, tenían la vida resuelta. *(Escandalizado.)* ¡Si no

daban un palo al agua y todos los meses venían a cobrar...! Has hecho pero que muy requeitebién.

MATÍAS: *(Se levanta.)* No puedo creer lo que oigo.

HOMERO: Mírame. *(Se muestra como un maniquí, girando en redondo sobre sus talones.)* ¿Qué era yo hasta ayer, como quien dice...? ¡Nada! Un idiota. Un botarate. Quejándome sin parar de la mañana a la noche. No comprendo cómo me aguantabas. Me tenías que haber pegado.

MATÍAS: Te pegué.

HOMERO: *(Se señala.)* ¿Y resultó la medicina o no resultó? Pues te la voy a dar a cucharadas llenas.

(HOMERO da un paso hacia MATÍAS, que, asustado, retrocede. Aquél le persigue y dan un par de vueltas en torno a la mesa. Éste levanta la mano pidiendo tregua. Les separa la mesa.)

MATÍAS: *(Respirando con fatiga.)* No puedo, déjame...

(HOMERO le contempla con desprecio.)

HOMERO: *(Sin piedad.)* No pararé hasta que vuelvas a ser el de antes.

MATÍAS: Un estafador, según tú...

HOMERO: *(Sin tapujos.)* ¡Pues sí, un estafador!

MATÍAS: *(Desolado.)* Y decías que me iban a condecorar en Inglaterra...

HOMERO: ¿En Inglaterra? ¿Por qué tan lejos? ¡Aquí mismo, en tu país! ¡En tu pueblo natal! ¡En todas las ciudades! Hacen falta hombres como tú...

MATÍAS: *(Provocador.)* Que estafen a las viudas...

HOMERO: ¡Y que roben y que maten, si es preciso! Pero que nos libren de esta parsimonia. Necesitamos sacudirnos la pereza. No, si llegaremos a ver a alguna de esas

viudas al frente de un imperio financiero... ¡Y habrá sido gracias a ti! (*Con mayor énfasis.*) ¿No me estás viendo? No he vuelto a tener catarros. Desde niño, resfriado, y ahora no sé para qué sirve un pañuelo.

MATÍAS: Yo estoy constipado...

HOMERO: Pues te curo, aunque sólo sea para pagarte lo que te debo.

MATÍAS: No me debes nada.

HOMERO: Claro que sí. Tus lecciones por fin han fructificado. ¿Sabes la industria que tengo montada...?

MATÍAS: ¿Industria?

HOMERO: No te hagas el loco. Todos los presos trabajan para mí. Antes lo hacían para rebajar condena. Ahora, además, se les paga un dinerillo. Su trabajo se comercializa fuera de la cárcel. ¡Todo el mundo gana! (*Ufano.*) ¿Qué te parece la mejora?

MATÍAS: (*Con reservas.*) Has sido listo.

HOMERO: He tenido que suavizar alguna oposición, claro. Pero con dinero nada es imposible.

MATÍAS: Te desconozco.

HOMERO: Hasta los guardianes trabajan. ¿Y a qué crees que se dedica en ratos libres el Director...?

MATÍAS: (*Sorprendido.*) ¿El Director de la prisión...?

HOMERO: El mismo. Aquí todos saben lo que vale un peine, menos tú. (*Medio en broma.*) Me da que te voy a poner a trabajar...

MATÍAS: ¿Lo que haces, es legal?

HOMERO: ¿Legal? No me hagas reír. ¿Y a quién le importa? (*Cínico.*) Es la ventaja de estar en la cárcel, que no te pueden volver a encerrar.

(*MATÍAS se sienta en una silla. Parece de repente mucho más viejo.*)

MATÍAS: Y tú que hablabas de tu madre...

HOMERO: Y de la tuya.

MATÍAS: Deja a la mía en paz.

HOMERO: Nuestras madres vivían en otra época. ¡Si hubieran conocido esto...! Cuando salgamos, ampliaremos la red comercial. Todavía no está muy desarrollada, como es lógico. Esta bobada de la marquetería puede dar un dineral. En estos momentos, no creas que rinde poco. ¡Y la inspección en Babia, Matías! Piensan que aquí seguimos haciendo el panoli. ¡Champán! ¿Te acuerdas lo que hablábamos del champán? ¡Y champán francés! He encargado varias cajas. Me las traen, libres de impuestos, por valija diplomática.

MATÍAS: *(Sobrecogido.)* ¿Cuánto llevas con esto?

HOMERO: *(Alegre.)* ¡Si todavía no he empezado! Ya verás cuando lo hagamos en grande. De entrada, nos estamos consolidando en la región. Hice un viaje...

MATÍAS: *(Pasmado.)* ¿Saliste de prisión?

HOMERO: *(Sin darle importancia.)* Varias veces, estando en el hospital. Pero te advierto que dirijo desde aquí. El exterior no me interesa. En esto, mira, no he cambiado.

MATÍAS: *(Pasándose una mano por el cabello.)* Es una locura...

HOMERO: Y tanto. Me da verdaderos quebraderos de cabeza. La semana que viene, sin ir más lejos. Haremos una tómbola. Sólo la tómbola...

MATÍAS: ¿Una tómbola?

HOMERO: ¿Para qué te crees que es el champán? Aunque queremos disponer de él con mayor asiduidad.

MATÍAS: Eres un monstruo.

HOMERO: *(Se le endurece la expresión.)* ¡Quién fue a hablar! ¿Acaso es mejor estafar viudas? *(Inmediatamente, vuelve a mostrarse cordial.)* No te lo reprocho. Ya te digo que les habrá venido bien. Incluso las incorporaría al negocio, pero no me gusta tener cuentas con el pasado. Tú eres el único lazo que me une a él.

MATÍAS: *(Con ironía.)* Muchas gracias.

(Están en silencio unos instantes. Luego, HOMERO coge la silla libre y se sienta junto a MATÍAS.)

HOMERO: (*Confianzudo.*) Vamos a rifar señoritas en la tómbola.

MATÍAS: ¿Señoritas?

HOMERO: (*Con generosidad.*) Puedo hacer que te toque...

MATÍAS: (*Reprobador.*) O sea, que también has montado un lupanar.

HOMERO: (*Le guiña un ojo.*) Y de los buenos. Ya quisieran fuera...

MATÍAS: (*Arrebatado, le coge del brazo.*) ¡Homero, acuérdate de tu madre!

HOMERO: (*Cínico.*) Es mal momento para acordarse de una madre.

MATÍAS: Lo más grande que hay... ¿Recuerdas? Son palabras tuyas.

HOMERO: No quieras distraerme. Tengo una gran responsabilidad sobre los hombros.

MATÍAS: Sólo pretendo que recuperes la cordura. ¿Qué te ha pasado, Homero? ¿Cómo has llegado a esto? Si soy yo el responsable, quiero que me lo digas. ¿Dónde está el hombre humilde y abnegado que conocí?

HOMERO: (*Sobrio.*) Murió. Hazte idea de que lo atropelló un coche.

MATÍAS: (*Alarmado.*) ¿Te han vuelto a atropellar?

HOMERO: Hablo en sentido figurado. (*Se pone serio y ahueca la voz.*) Nunca más volverán a atropellarme. Tenlo por seguro. Me he pasado la vida pidiendo perdón. Toca resarcirse. (*Suelta una risa hueca.*) ¡Voy camino de ser muy poderoso!

MATÍAS: (*Con tristeza, después de leve vacilación.*) El alumno supera al maestro.

HOMERO: (*De nuevo se humaniza.*) Te sigo considerando, Matías. Puedes comprobar que no te he exigido que me llames de usted, como el resto de los presos, los guardianes y el propio Director. (*MATÍAS levanta las cejas con sorpresa.*) Pienso que eres grande. Más que yo, incluso. Por eso espero que regreses a tus fueros, que te sumes a la corriente. ¡No luches, déjate llevar...!

MATÍAS: (*Con resignación.*) Eso hago: no lucho.

HOMERO: (*Desesperado.*) ¡No, te resistes...! (*Amenazador.*) Pero te advierto: no intentes boicotear mi obra. ¡Sabré defenderla!

MATÍAS: (*Tenue.*) No quiero boicotear nada.

HOMERO: (*Conciliador.*) Lo sé. Te conozco. Eres honrado.

MATÍAS: Si fuera honrado, no estaría aquí.

HOMERO: *(En sus trece.)* Por fin hemos dado con un filón. ¡Aprovechémoslo! ¿Qué era lo de las viudas comparado con esto?

MATÍAS: *(Tras pensárselo.)* Era noble. Tenía tradición. Los pobres, los desvalidos, se enorgullecen en el fondo de serlo. Es una verdad establecida. Yo administraba sus ahorrillos y ocasionalmente les sangraba... Reconozco que se me fue la mano y vinimos a parar aquí. El papel de todos estaba definido. A excepción del tuyo. Eras puro, inocente... Lo único limpio en este sucio negocio. *(Le contempla, cabeceando.)* ¿Y en qué te has llegado a convertir...? ¡Dios mío, Dios mío...! *(Se tapa la cara con las manos.)*

(HOMERO se le queda observando fríamente.)

HOMERO: *(Amenazador.)* Si no quieres colaborar...

MATÍAS: *(Saltando.)* ¡Qué! ¿Qué me vas a hacer? ¿Me pondrás grilletes? ¿Me torturarás? ¿O apareceré una mañana estrangulado en mi jergón...?

(HOMERO duda de responder. Se le ve impactado, pero decidido a continuar. Finalmente, opta por sonreír.)

HOMERO: Qué barbaridades se te ocurren. *(Le pone la mano en el hombro. El otro se la aparta bruscamente. HOMERO ignora el gesto.)* Estás cansado, agotado. Te vendría bien una temporadita en el hospital. Yo salí como nuevo. *(Con falsedad.)* Me gusta tu actitud. Si no quieres sumarte a la empresa, te dejo en completa libertad. Al fin y al cabo, siempre tiene que haber excepciones. Gozarás de todos los privilegios, sin embargo.

MATÍAS: ¡No quiero nada de ti!

HOMERO: No creas que te regalo nada. Estoy en deuda contigo. En última instancia, eres el inspirador de esta nueva época. La chispita que ardía en la oscuridad hasta que halló donde prender.

MATÍAS: *(Fuera de sus casillas.)* ¡Mentira!

(HOMERO no responde. Le mira con una mezcla de conmiseración y burla. Se saca algo de un bolsillo interior de su chaqueta. Son fotografías.)

HOMERO: *(Mostrándoselas.)* Mira.

MATÍAS: *(Renuente, pero curioso.)* ¿Qué es?

HOMERO: *(Con picardía.)* Las señoritas que vamos a rifar.

MATÍAS: *(Se desentiende.)* Me da lo mismo.

HOMERO: *(Forzándole.)* Échalas un vistazo.

(MATÍAS quiere negarse, pero termina cediendo. Va pasando las fotografías, hasta que, de repente, su mirada se detiene en una de ellas. Su rostro se convulsiona y comienza a temblar. HOMERO no pierde detalle de su expresión. MATÍAS intenta decir algo hasta que lo consigue.)

MATÍAS: ¡Rosalía...!

HOMERO: *(Extrañado en apariencia.)* ¿La conoces?

MATÍAS: *(Como en éxtasis.)* ¿Que si la conozco...? *(Se pone en pie con la foto en la mano.)* Es Rosalía...

HOMERO: *(Indiferente.)* No hay ninguna que se llame Rosalía.

MATÍAS: *(En la misma actitud.)* ¡Rosalía...!

HOMERO: Me parece que te refieres a Arabella.

MATÍAS: *(Al retrato.)* Te fuiste de mi lado y ahora vuelves... *(De repente, cae en la cuenta de lo que dice HOMERO.)* ¿Quién es Arabella...?

HOMERO: La de la foto.

MATÍAS: *(Nervioso.)* Te equivocas.

HOMERO: Un cuerno. La contraté en persona.

MATÍAS: *(Sin querer comprender.)* ¿La contrataste...?

HOMERO: Para la tómbola.

MATÍAS: *(Comprendiendo.)* La has metido en tus sucios manejos...

HOMERO: *(Con desparpajo.)* Se metió ella sola. ¿De dónde crees que la saqué...? Si te gusta, te la regalo. Es tuya.

MATÍAS: *(Fuera de sí.)* ¡Canalla...! ¡Miserable...! ¡Profanador...!

HOMERO: *(Levantando las palmas.)* Alto ahí, que ese género llevaba tiempo circulando.

(MATÍAS ya no se contiene. Echa las manos al cuello de su compañero y pugna por ahogarle. HOMERO se defiende y, tras un breve forcejeo, arroja a su agresor al suelo. Se levanta.)

HOMERO: *(Masajeándose el cuello.)* Te advierto que mi paciencia llega al límite. ¡No te consiento ni una más!

(MATÍAS se sienta de costado en el suelo. Llora.)

MATÍAS: ¡Lo tengo merecido...! ¡Lo tengo merecido...!

(HOMERO le contempla con rencor. Le repugna lo que ve. Vence, sin embargo, su actitud táctica. Le ayuda a levantarse.)

HOMERO: Matías... ¿Por qué pelearnos...? *(Ambos se sientan de nuevo.)*
Cuéntame... Puede que esto tenga arreglo...

(MATÍAS contiene el llanto, y se seca las lágrimas con la manga de su chaqueta.)
Permanece un minuto sin decir palabra. Finalmente, se lanza.)

MATÍAS: Nunca te he hablado de ella... Estuvimos a punto de casarnos, pero intervino el concuñado de un vecino del rellano de su casa y logró que la mandaran a estudiar al extranjero... Tenía cualidades, dotes, o por lo menos eso decía aquel farsante... No volví a verla... Me envió a poco de irse una postal, pero no pude leerla porque la escritura estaba borrada a consecuencia de unas inundaciones que afectaron a la saca del correo... Luego, el silencio... Esperé un año, dos, tres... Sus padres se mudaron a otra casa, y después a otra, y otra... Les perdí la pista, y con ella el último vínculo que me unía a Rosalía... *(Se encoge de hombros con fatalismo.)* Posteriormente, inicié el negocio de los préstamos y me aturdí con la vorágine de la vida... Diversiones, mujeres... ¿Te acuerdas de aquella que subió conmigo al taxi...? *(HOMERO asiente.)* Una de tantas con las que he pretendido olvidar a Rosalía. Y ahora, por uno de esos azares inexplicables...

HOMERO: *(Interrumpiéndole.)* No ha sido el azar.

MATÍAS: *(Con extrañeza.)* ¿Que no ha sido el azar...?

HOMERO: *(Negando con la cabeza.)* En absoluto.

MATÍAS: *(Que no acierta a explicárselo.)* ¿Pues entonces...?

HOMERO: He sido yo, Matías.

MATÍAS: ¿Tú?

HOMERO: *(Asintiendo.)* He investigado tu pasado. La he localizado para ti.

MATÍAS: ¿Pero, por qué...?

HOMERO: *(Destapando sus cartas.)* ¿Te decidirás a entrar en el negocio? Hay mucho dinero de por medio.

MATÍAS: *(Se pone bruscamente en pie, derribando la silla.)* ¿Así que era esto...? Me pones como cebo a Rosalía...

HOMERO: Arabella es su nombre artístico.

MATÍAS: ... Después de corromperla...

HOMERO: Ya lo estaba. Se conoce que se le hicieron cuesta arriba los estudios.

MATÍAS: ¿Qué pruebas tengo de que no has sido tú el causante de su caída...?

HOMERO: No tengo ningún interés en mentir.

MATÍAS: (*Atropellado.*) ¡Maldigo la hora en que te conocí, y maldigo la hora en que te saqué del café! ¡Allí tenías que seguir, siendo el hazmerreír de todos! (*Falsamente compasivo.*) En el fondo, me das pena. ¿Piensas que con este montaje vas a dejar de ser quien eres?

HOMERO: (*Palideciendo.*) ¿A qué te refieres?

MATÍAS: (*Con saña.*) Eres un pobre tipo, un pusilánime, un pelele.

HOMERO: (*Se nota que lo que oye le hace mella.*) Soy una autoridad aquí. Hasta el Director me obedece.

MATÍAS: Pero no te respeta. Nadie puede respetarte.

HOMERO: (*Se encoleriza.*) ¡Mi momento ha llegado, y no dejaré de aprovecharlo! Antes eran otros los que sacaban tajada. Los demás nos quedábamos mirando. Las tornas han cambiado. ¡Entérate!

MATÍAS: (*Cambiando de registro.*) En el fondo de tu corazón está tu pobre madre que te acusa.

HOMERO: (*Riéndose.*) Todo lo contrario, me felicita.

MATÍAS: (*Solemne, tenso, decidido.*) Entonces, maldigo también a tu madre.

(*HOMERO se demuda. No sabe qué derrotero seguir. En ese momento, canta un pájaro fuera de la celda.*)

HOMERO: (*Se aproxima a la ventana y se ase a los barrotes.*) ¡Maldito pajarraco, que le descerrajen un tiro!

(No acaba de decirlo cuando su deseo se cumple. HOMERO sonríe con sadismo.)

MATÍAS: (*Grandemente pesaroso.*) ¡Cuánto has cambiado!

HOMERO: Todos hemos cambiado.

(*Se miran como si no se conocieran.*)

MATÍAS: (*Implorando.*) No encuentro sitio en tu organización... Ayúdame a fugarme...

HOMERO: (*Inflexible.*) ¡De aquí no se fuga nadie!

MATÍAS: (*Con sorpresa.*) ¡Vaya! ¿Me lo impedirías?

HOMERO: (*Enigmático.*) Debo proteger mis intereses.

MATÍAS: Piensas que iría con el soplo... (*HOMERO no responde.*) ¿Y cuando cumpla la condena...?

HOMERO: Queda mucho.

MATÍAS: (*Insistiendo.*) ¿Y cuando la cumpla...?

HOMERO: Ya veremos.

MATÍAS: (*Divertido.*) ¿Cómo que ya veremos? No me voy a quedar aquí el resto de mi vida... (*La expresión de HOMERO y su significativo silencio le alarman.*) Empiezo a comprender... No saldré nunca, ¿verdad...? O peor aún: me matarás.

HOMERO: Vamos, Matías...

MATÍAS: ¡Me matarás!

HOMERO: (*Con cansancio.*) Nadie te va a matar. No seas exagerado.

MATÍAS: (*Discursivo.*) Me he resistido a aceptarlo, no quería creerlo... Ahora ya no puedo engañarme. Eres un asesino.

HOMERO. (*Burlón.*) Hasta el presente, no he matado a nadie.

MATÍAS: Lo harás. Muy pronto.

HOMERO: (*Queriéndoselo tomar a broma.*) ¿Dónde lo has visto, en tu bola de cristal...? Mira, si te quieres fugar, adelante. Pero espera a que pase la tómbola.

MATÍAS: (*Incrédulo.*) ¿Dejarás que me fugue?

HOMERO: Pues claro. Y te echaré una mano.

(*MATÍAS no sabe qué decir. Está confuso.*)

MATÍAS: (*Optando por confiarse.*) Lo de escaparme lo he dicho por decir. No tengo a donde ir. (*Sonríe con lástima.*) Además, ya no valgo para la lucha...

HOMERO: (*Sin demasiado énfasis.*) Al contrario.

MATÍAS: Y no estoy bien. Debería ir al hospital...

HOMERO: (*Tras una leve vacilación.*) Te lo arreglaré.

(*Hay una larga pausa.*)

MATÍAS: (*Con pudor.*) Me gustaría ver a Rosalía...

HOMERO: Eso está hecho.

MATÍAS: No le digas quién soy. Se habrá olvidado... Después de tanto tiempo... Ni me reconocerá...

HOMERO: Como quieras.

MATÍAS: (*Se sienta. Toma de nuevo la foto.*) Conserva intacto el óvalo de la cara... ¿Dónde es la foto, en una playa...?

HOMERO: Es de estudio.

MATÍAS: Como están esas palmeras... ¿Y se puso así delante del fotógrafo...? Qué tontería (*sonríe con lástima*), si no, no habría salido. Ella, que era tan friolera... En cuanto terminaba el verano, se cubría de los pies a la cabeza y no se le volvía a ver el tobillo hasta pasado mayo. Por dentro, seguirá siendo la misma... Las mujeres no cambian así como así... Como mucho, de peinado... Se pasan la vida cambiando de

peinado... *(Escudriña a HOMERO. No se atreve a preguntarle lo que le corroe.)* ¿Hace mucho que la conoces...?

HOMERO: *(Entendiendo, da un obsceno golpe con la pelvis.)* ¿Quieres decir que si la he...?

MATÍAS: *(Enrojeciendo.)* No me he expresado bien.

HOMERO: ¿Y qué importancia tendría?

MATÍAS: *(Muy turbado.)* Ninguna. Pero dímelo.

HOMERO: Pues bien: no. Aunque ten en cuenta la vida que habrá llevado. Habrán sido cientos, miles...

MATÍAS: *(Con absurda esperanza.)* A lo mejor, acababa de caer cuando te la encontraste...

HOMERO: No seas ingenuo. Me habría salido mucho más cara.

(MATÍAS acusa estas palabras como si le abofetearan el rostro. Ya no tiene ánimos para revelarse.)

MATÍAS: *(Al cabo de un momento.)* He arrastrado a la ruina a dos personas. Una es Rosalía...

HOMERO: ¿Rosalía?

MATÍAS: Yo la prostituí...

HOMERO: ¿Tú?

MATÍAS: Hubiera debido retenerla, impedirla que se fuera a estudiar al extranjero...

HOMERO: *(Justificándole.)* Eras joven... ¿Y quién iba a pensar...?

MATÍAS: *(Con rencor.)* Le tendría que haber partido la cara al del rellano. Ahora es tarde. *(Se abstrae.)*

HOMERO: ¿Y la otra persona?

MATÍAS: ¿Qué?

HOMERO: La otra persona que llevaste a la ruina.

MATÍAS: Ah, sí... *(Con tristeza.)* La otra persona eres tú.

HOMERO: *(Con arrogancia.)* ¡No me digas!

MATÍAS: *(Apagado.)* Y bien me pesa. Yo soy el responsable de lo que eres ahora.

HOMERO: *(Intentando bromear.)* Oye, pues no sabes cuánto te lo agradezco.

MATÍAS: *(Ominoso.)* No te burles. Acabarás pagándolo.

HOMERO: *(Como si le hablara a un niño.)* Tengo que reñirte. Hay que ser más optimista.

MATÍAS: *(Atacando desde otro ángulo.)* ¿Qué pasaría si viniera un inspector?

HOMERO: *(Se pone rígido.)* ¿Un inspector...?

MATÍAS: *(Viendo que ha hecho blanco.)* ...Y pusiera al descubierto todo el tinglado...

(HOMERO se queda brevemente desconcertado, pero reacciona.)

HOMERO: *(Con desfachatez.)* Lo compraría.

MATÍAS: ¿Y si no se dejara comprar...?

HOMERO: No conozco esa especie.

MATÍAS: Imagínatelo.

HOMERO: *(Se acaricia el mentón.)* Hay formas de neutralizar a quien resulta incómodo.

MATÍAS: *(Que se ha estremecido.)* ¿Cómo?

HOMERO: Muy fácil. Recurriendo a su superior.

MATÍAS: ¿Y si éste también fuera honrado?

HOMERO: *(Riéndose.)* Me lo pones difícil... Subiría otro escalón.

MATÍAS: ¿Y si te pasara igual?

HOMERO: *(Pertinaz.)* Seguiría subiendo.

MATÍAS: *(Desafiante.)* Pon que alguien en la cadena fuera verdaderamente incorruptible.

HOMERO: *(Un poco aburrido.)* Pues le hablaría al mandamás, al capitoste máximo, al supremo dignatario. Ya sabes a quién me refiero... Y esta tecla te aseguro que sí funcionaría.

MATÍAS: Sobornar a ése costaría una fortuna.

HOMERO: *(Con descaro.)* Haría una colecta. Serían muchos los interesados en pagar.

MATÍAS: *(Poniéndolo en duda.)* Te lo parecerá a ti.

HOMERO: Matías, cae del guindo. ¿Crees acaso que mi red en la única en el país?

MATÍAS: Alguna más habrá, digo yo.

HOMERO: ¡Hay infinidad! Estamos todos a lo mismo.

MATÍAS: Exageras.

HOMERO: De ninguna manera. *(Se explica.)* Una empresa como la mía, que aunque parezca de cierta envergadura no deja de ser pequeña, no prospera a menos que haya un caldo de cultivo. Y este caldo de cultivo se ha ido creando durante años impulsado desde arriba. Mientras tú y yo estábamos en esa oficina cutre tuya de la que no sacábamos ni para café..., ¡olvida el café...!, mientras estábamos allí administrando unos míseros céntimos, otros con mayor visión preparaban el futuro.

MATÍAS: *(Cándidamente.)* ¿El futuro?

HOMERO: Sí, señor. *(Enorgulleciéndose.)* Y todavía no hemos visto nada. Esto está alcanzando dimensiones impresionantes. Subiremos todos a la luna. Claro, hace falta soltar lastre... *(Se le queda mirando con fijeza.)*

MATÍAS: ¿Por qué me miras así?

HOMERO: No te miro de ninguna manera.

MATÍAS: Sí me miras.

HOMERO: No te miro.

MATÍAS: Me miras.

HOMERO: Bueno, ¿y qué? No te voy a hablar dándote la espalda.

MATÍAS: No sé si no lo preferiría...

HOMERO: *(En tono envolvente.)* ¿Por qué no haces un esfuerzo? Sólo es necesario un cambio de actitud. *(MATÍAS no se inmuta.)* ¿Quieres que te lo pida de

rodillas? *(Se arrodilla y junta las manos, implorante.)* ¡Colabora! ¡Te lo digo por tu bien! No trabajes si no quieres, es lo que menos importa...

MATÍAS: ¿Y qué importa?

HOMERO: *(Le grita.)* ¡Tú importas! ¡Eres un apestado en la prisión! ¿Acaso te gusta? ¡Date una vuelta por los corredores! ¡Sal al patio! Prácticamente ya no hay restricciones... ¡No te quedes escondido como una cucaracha!

MATÍAS: Es tarde...

(HOMERO se alza. Despechado, le da la espalda a MATÍAS, que permanece sentado. La postura de éste transmite fatalismo.)

HOMERO: *(Serenamente, tras una pausa.)* ¿Sabes lo que te espera?

MATÍAS: *(En el mismo tono.)* Sí.

HOMERO: Hubiera querido evitarlo.

MATÍAS: Te lo agradezco.

HOMERO: No durará mucho.

MATÍAS: *(Con ligero temblor.)* Date prisa.

(Se atenúa la luz del escenario.)

HOMERO: *(Que le sigue dando la espalda.)* He llegado a apreciarte, Matías. Lo digo muy de veras. Hasta conocerte a ti, no sabía lo que era amabilidad. Ni siquiera mi madre me quería. ¿Sabes que la odiaba? Me alegré cuando murió. Ese día me emborraché. Durante un tiempo, me sentí libre. Luego... *(Aparecen lágrimas en su rostro.)* Entre unos y otros se ocuparon de hacerme la vida cuesta arriba. No lo he pasado bien, Matías. Sólo últimamente me siento con fuerzas. ¿Me comprendes...?

MATÍAS: *(Pausado.)* Te comprendo.

HOMERO: *(Con suave llanto.)* Te he pedido que me ayudes... Me gustaría que hubieras colaborado... No te lo reprocho... Eres así... *(Con un atisbo de esperanza.)* ¿No hay ninguna posibilidad...?

MATÍAS: *(Apenas audible.)* Lo siento...

HOMERO: *(Sigue sin volverse.)* ¿Me guardas rencor?

MATÍAS: No, Homero... Tengo un poco de miedo...

HOMERO: Yo también...

(La luz continúa disminuyendo.)

HOMERO: ¿Le digo algo a Rosalía?

MATÍAS: Es mejor que no sepa nada... Ha pasado mucho tiempo... Demasiado... *(Para sí.)* Le tendría que haber partido la cara al del rellano...

(HOMERO extrae un cordón de su bolsillo, procurando que MATÍAS no lo advierta. Éste tiene entre sus manos la fotografía de su antigua novia. La contempla, perdido el interés por lo que le rodea.)

MATÍAS: *(Con unción.)* ¡Rosalía...!

(En ese instante, HOMERO se gira con rapidez hacia MATÍAS y salta sobre él, sin darle ocasión de reaccionar. Le rodea el cuello con la cuerda. MATÍAS emite un sonido ahogado, y se lleva ambas manos al cuello. HOMERO, desde atrás, mantiene la presa. Está absolutamente horrorizado. MATÍAS patatea durante un rato que se hace interminable. Poco a poco, sus movimientos se van espaciando hasta que su cuerpo queda inmóvil. Después de una o dos sacudidas postreras, los brazos de MATÍAS caen exánimes. Está muerto. HOMERO le deposita con suavidad en el suelo. Aparta la

cuerda y se retira tambaleándose. Tiene necesidad de apoyarse en las paredes. Respira con gran agitación. Paulatinamente, consigue irse recuperando. Se calma, recupera el pulso. Se yergue, y hace ligeros movimientos para recuperar el tono muscular. Se dirige a la puerta. Titubea. Vuelve y recoge del suelo la foto de ARABELLA-ROSALÍA. La mira.)

HOMERO: (A la foto.) Nos conocemos bien tú y yo. ¡Pensar que el idiota tuvo celos...!

(Camina otra vez hacia la puerta. De repente se para, volviéndose hacia el público. Le mira directamente. Disminuye aún más la luz; el semblante de HOMERO, sin embargo, es señalado por un foco.)

HOMERO: (Al público.) Espero que no me censuren demasiado. ¿Moraleja...? ¿Quieren ustedes una moraleja...? ¿Y sólo por el precio de la entrada...? Piden demasiado. (Se encoge de hombros, aceptando.) ¡En fin! La moraleja es sencilla: unos triunfan y los demás sucumben. Esto no es nuevo. Viene pasando desde que el hombre pisa la Tierra. Y seguirá ocurriendo. No se hagan ilusiones. Es preciso llevar el juego hasta el final. (Indica con la cabeza el cuerpo caído de MATÍAS.) Él no supo. Le faltó coraje. Las apuestas habían subido y tuvo miedo. Perdió. (Hace ademán de irse.) Pero tengo que seguir el juego. Hasta otro día, señores. (Se quita un sombrero imaginario.) Que sean ustedes muy felices.

Ja (Va hacia la puerta. Se apaga totalmente la luz.)

(El TELÓN cae lentamente)

Javier Rey de Sola - reydesola.com